

IV.

PASO DE LA BAYADA.

Cuando supimos en Montevideo que se alejaban los soldados de Oribe, resolvió el general Paz aprovecharse de su desaliento.

Al lado opuesto de Cerito había un cuerpo de 1,800 hombres poco mas ó menos, puestos de observacion ante el Cerro, y nosotros salimos á atacarlos el 23 de abril de 1844, á las 10 de la noche.

Nuestro plan era el siguiente :

Ir al encuentro del cuerpo que se hallaba de observacion ante el Cerro : al saber Oribe nuestra determinacion enviaria tropas para auxiliar á las del Cerro, disminuyéndose por tanto el número de sus soldados; verificado esto, la guarnicion de Montevideo haria una salida y atacaria al campamento enemigo.

Seguimos caminando por la orilla del mar, pasamos el Arroyo Seco, que á pesar de su nombre nos puso de agua hasta las espaldas, y despues de pasarle nos extendimos por la llanura y rodeamos el campamento.

Anduvimos con tanta precaucion que no sobresaltamos al enemigo.

Por fin llegamos á vista del cuerpo de observacion. La guarnicion del Cerro debia salir y secundar nuestro ataque.

Con este motivo hubo una acalorada discusion entre los dos oficiales que mandaban las fuerzas del Cerro, porque los dos querian ponerse al frente de ellas para conducir las al combate.

Puestos en fuga los 4,800 hombres, debíamos avanzar hácia Oribe y colocarle entre dos fuegos, el nuestro y el de la guarnicion de la ciudad.

La discusion sostenida en el Cerro destruyó nuestro plan. La guarnicion salió ; pero Oribe, rodeado todavía de todas sus fuerzas, la rechazó, y él fué quien á su vez avanzó hácia nosotros, ejecutando el plan de campaña que nosotros habíamos formado contra él.

Fuimos pues combatidos por el ejército de Oribe y por el cuerpo de observacion, y en aquella situacion no nos quedó otro recurso mas que retirarnos hácia el Cerro, causando al enemigo al retroceder todo el daño que pudimos.

Con el fin de sostener la retirada lo mas vigorosamente posible, tomé yo el mando de la retaguardia.

Habia entre el sitio en que estábamos y el Cerro una especie de ria que se llamaba la Bayada; y era preciso atravesarla, por mas que el barro nos llegaba hasta el pecho.

Para ponernos en desórden al practicar este paso, habia colocado el enemigo sobre un montecito una bateria compuesta de cuatro cañones, que comenzaron á hacernos fuego en el momento en que principiamos á atravesar la ria ; pero la legion italiana, arrostrando con serenidad y valor el peligro, hizo el mismo caso de aquella lluvia de metralla que hubiera hecho de una lluvia ordinaria.

Entonces fué cuando yo comprendí lo bravos que eran nuestros negros, pues se dejaban matar esperando al enemigo con una rodilla en tierra.

Yo, que me hallaba en medio de ellos, pude admirar mejor que nadie su heróico comportamiento.

El combate duró seis horas.

Habia al servicio de Montevideo un inglés.

Mi inglés de la última campaña me ha recordado mas de una vez á su compatriota.

Habia, como digo, al servicio de Montevideo un inglés que tenia carta blanca de Pacheco, — quien le conocia á fondo, — para hacer todo lo que creyera conveniente en favor de la ciudad.

Este inglés logró reunir cuarenta ó cincuenta hombres.

Nosotros le llamábamos Samuel : no sé si tendria además otro nombre.

Jamás he visto otro hombre mas valiente que él.

Despues del paso de la Bayada le ví llegar acompañado de un solo ordenanza.

— Y bien, Samuel, le pregunté, ¿dónde se halla tu regimiento?

— Mi regimiento, exclamó..... tened cuidado de vos mismo!

Ninguno pareció, ninguno pudo responderme; todos sus hombres habian sido muertos, todos desde el primero hasta el último.

En la órden del dia el general Paz hizo los mas grandes elogios de la legion italiana. Habíamos tenido setenta hombres fuera de combate.

Volvimos á Montevideo por el Cerro, y Samuel se ocupó inmediatamente en la reorganizacion de su cuerpo.

V.

LA LEGION ITALIANA REHUSA LAS TIERRAS QUE LA OFRECEN.

El 30 de enero de 1843, maravillado el general Riveyra de la conducta que habia observado la legion italiana en el combate del Cerro y en el paso de la Bayada, me dirigió la siguiente carta :

« Caballero,

» Cuando en el año último hice donacion de algunas tierras á la honorable legion francesa, donacion que fué aceptada y de la que han hecho mencion los periódicos, esperé que la casualidad conduciria á mi cuartel general algunos oficiales de la legion italiana, proporcionándome la ocasion de satisfacer uno de los mas vivos deseos de mi corazon, al manifestarles la estimacion que profeso á la legion italiana por los importantes servicios que ha prestado á la República en la guerra que sostenemos contra el ejército invasor de Buenos Aires.

» Para no diferir por mas tiempo lo que yo creo el cumplimiento de un deber sagrado, acompaño á la presente, y esto con el mayor placer, una acta de

la donacion que hago á la ilustre y valerosa legion italiana, como una sincera prueba de mi gratitud personal por los servicios que ha prestado á mi país.

» El don no iguala ciertamente á los servicios ni á mi deseo, pero yo sin embargo espero que no os negaréis á ofrecerlo en mi nombre á vuestros compatriotas, manifestándoles el apreio y la gratitud que me inspiran, como asimismo vos que los dirigis tan dignamente, habiéndoos conquistado antes de ahora por los servicios que habeis dispensado á nuestra República un incontestable derecho á nuestro reconocimiento.

» Aprovecho esta ocasion, coronel, para rogaros que acepteis la seguridad de mi consideracion y de mi profundo afecto.

» FRUCTUOSO RIVEYRA. »

Lo mas notable de todo esto, es que tan excelente patriota desmembraba su propia fortuna para hacernos la donacion.

Las tierras que nos ofrecia no pertenecian á la República: formaban parte de su patrimonio.

En vista de esto le contesté con fecha 23 de mayo siguiente, época en que llegó á mis manos su carta:

« Excelentísimo Señor,

» El coronel Parroti me ha entregado en presencia de todos los oficiales de la legion italiana, segun habeis deseado, la carta que habeis tenido la bondad de escribirme con fecha de 30 de enero, y adjunta un acta de la espontánea donacion que haceis á la legion de mi mando, de una porcion de tierras pertenecientes á vuestro patrimonio y que se extienden entre el *Arroyo de las Arenas* y el *Arrojo Grande* al norte del Río Negro, y además de un rebaño y dos haciendas enclavadas en el mismo terreno.

» Segun me indicais, nos haceis esta donacion como un premio por los servicios que hemos prestado á la República.

» Los oficiales italianos, enterados del contenido de vuestra carta, han declarado unánimemente en nombre de la legion, que no les ha movido para tomar las armas en defensa de la República otro fin que el del honor de compartir los peligros con los naturales del país, que tan hospitalariamente los han acogido.

» Al obrar así han obedecido á la voz de su conciencia, y por tanto habiendo satisfecho lo que consideraron simplemente como el cumplimiento de un deber, continuarán participando de las fatigas y

los peligros de los nobles Montevideenses mientras lo exijan las necesidades del sitio, sin desear mas premio ni mas recompensa por sus trabajos.

» En consecuencia de esto, tengo el honor de comunicaros, excelentísimo Señor, la respuesta de la legion, con la que mis principios y mis sentimientos están completamente de acuerdo, devolviéndoos al mismo tiempo el original de la donacion. Dios guarde vuestra vida dilatados años.

» JOSÉ GARIBALDI. »

Los Italianos continuaron pues prestando sus servicios sin remuneracion alguna, y lo único que hicieron para adquirir dinero cuando lo necesitaban absolutamente para renovar sus vestidos, fué ponerse al servicio de algun negociante francés ó vascongado, que solian dar á cada uno dos francos poco mas ó menos.

No hay para que decir que si se trababa algun combate, los asalariados se batian y se hacian matar por sus principales.

VI.

DESGRACIA DE RIVEYRA.

Ya he dicho cuál era el plan que concibió el general Paz para nuestra salida nocturna de Montevideo.

Realizándole cambiarían las circunstancias, poniendo á Oribe segun todas las probabilidades en el caso de levantar el sitio; pero habiéndose frustrado nuestras esperanzas, volvimos á nuestros puestos, es decir á ocupar el lugar de las avanzadas, que por una y otra parte se fortificaban mas y mas cada dia, hasta llegar á tener una línea de batería igual sobre poco mas ó menos á la de nuestro enemigo.

Mientras todo esto se verificaba, el general Paz se separó de nosotros para ir á ponerse al frente de la insurreccion de la provincia de Corrientes, y ayudar de este modo á la causa nacional, dividiendo las fuerzas del general Urquiza, que se encontraba delante del general Riveyra.

Pero las cosas no salieron á medida de sus deseos, porque Riveyra, impaciente y sin cuidarse de

las órdenes del gobierno que le prohibían comprometerse en una batalla decisiva, se empeñó en ella y la perdió completamente en los campos de India Muerta.

Nuestro ejército fué vencido, y nuestros vencedores, contra todas las leyes de la humanidad, estrangularon, ahorcaron y decapitaron á dos mil hombres ó acaso mas, que nos cogieron prisioneros.

Muchos quedaron tendidos sobre el campo y los demás puestos en dispersion: el general Riveyra ganó la frontera del Brasil con algunos de sus soldados, y el gobierno le desterró en castigo del inmenso desastre que motivó su falta de prudencia.

Perdida la batalla de India Muerta, quedó Montevideo abandonado á sus propios recursos. El coronel Correa tomó el mando de la guarnicion, pero el alma de la defensa quedó reconcentrada entre Pacheco y yo. Algunos de los jefes pudieron tambien reunir despues de la deplorable batalla algunos soldados dispersos, batiéndose con ellos en los puntos amenazados por el enemigo.

El general Flanos reclutó doseientos hombres, y prefiriendo reunirse á los defensores de Montevideo, cayó sobre las tropas enemigas que observaban el

Cerro, practicó una zanja, llegó hasta el fuerte, y se unió con nosotros.

Pacheco, aprovechándose de este refuerzo, ideó un golpe de mano.

El 27 de mayo de 1845 nos embarcamos durante la noche en Montevideo, la legion italiana y algunas otras fuerzas de las acantonadas en el Cerro, y con este pequeño ejército nos fuimos á emboscar en un derruido polvorin que estaba abandonado.

En la mañana del dia siguiente hizo la caballería del general Flanos una salida protegida por nuestra infantería, atacó al enemigo, y cuando hubo recorrido una corta distancia, salimos — la legion italiana á la cabeza — y cargamos á la bayoneta sembrando el campo de cadáveres.

Al vernos avanzar, las tropas de observacion del Cerro vinieron en auxilio de nuestros contrarios, y se trabó un horroroso combate que terminó decidiéndose en favor nuestro.

El enemigo fué completamente derrotado, le perseguimos á la bayoneta, y fué necesario uno de esos huracanes acompañados de truenos, granizo y lluvia, de los que solo pueden formarse una idea los que los han sufrido, para que terminase el combate.

Las pérdidas del enemigo fueron considerables.

Tuvo gran número de heridos y de muertos, y entre los últimos al general Nung, uno de los mejores y mas valientes jefes de los soldados enemigos, muerto por una bala que le asestó uno de nuestros legionarios.

Además les cogimos un inmenso botín, y esta victoria nos hizo entrar á todos en Montevideo lleno el corazon de esperanza y de gozo.

El buen éxito que habíamos obtenido con aquel golpe de mano, me alentó á proponer otro al gobierno, que fué el de embarcar á la legion italiana en la flotilla, cruzar con ella el rio ocultando á mis soldados del mejor modo posible, llegar á Buenos Aires, desembarcar por la noche, encaminarnos á la casa de Rosas, apoderarnos de él y conducirlo preso á Montevideo.

Esta expedicion, llevada á cabo con buena suerte, hubiera terminado la guerra de una sola vez, pero el gobierno rechazó mi proyecto.

Sin embargo en los intervalos de reposo que se concedian á nuestro ejército yo ponía en movimiento nuestra flotilla, y burlando la vigilancia del bloqueo, caía sobre algun buque mercante y le llevaba prisionero á nuestro puerto á las barbas del almirante Brown.

Otras veces, valiéndome de distintas combinacio-

nes, atraía sobre mi todas las fuerzas del bloqueo, abriendo de este modo nuestro puerto á los barcos mercantes que llevaban al seno de la ciudad sitiada todo lo necesario para el consumo de sus habitantes.

Además solia embarcarme por la noche con un centenar de mis legionarios mas resueltos, tratando de tomar por asalto los navíos enemigos que no podia atacar durante el dia á causa de su mucha artillería; pero estas empresas eran casi siempre inútiles, porque previniéndolas nuestros contrarios se guarecian en parajes seguros donde yo no podria figurarme que estaban.

Por fin un dia, decidido completamente á acabar con ellos, salí con tres pequeños buques, los menos malos de la escuadrilla, y en pleno dia resolví ir á atacarlos á sus mis masguaridas en la rada de Montevideo.

La escuadra de Rosas se componia de tres navíos: *el 25 de Marzo, el general Echagüe y la Maypu.*

Estos tres navíos estaban dotados con 44 cañones.

Yo solo tenia ocho, de muy poco calibre, pero conocia á mi gente, y sabia que si llegáramos á abordar al enemigo, era segura su derrota.

Avancé hácia la escuadra en línea de batalla.

Llegamos á encontrarnos casi á tiro de bala: avanzando una milla mas, era el combate inevitable.

Todas las azoteas de Montevideo estaban cubiertas de curiosos, los mástiles de los navíos mercantes y de guerra de todas las naciones estacionados en el puerto estaban, por decirlo así, empavesados de hombres. Todos estos espectadores aguardaban con ansiedad el resultado de una lucha que á cada momento se hacia mas precisa; pero el comandante de la flota argentina no se quiso arriesgar á combatir, se alejó mar arriba, y nosotros entramos en el puerto, donde no bastaron á indemnizarnos los universales aplausos que nos saludaron á nuestro arribo.

VII.

INSURRECCION ANGLO-FRANCESA.

Los asuntos iban de mal en peor para Montevideo, cuando la intervencion anglo-francesa hizo cesar el bloqueo entre las dos potencias, apoderándose de la flota enemiga y repartiéndosela.

Entonces se dispuso una expedicion al Uruguay.

El objeto de esta expedicion fué hacerse dueños de la isla de Martin García, de la ciudad de Colonia, y de algunos otros puntos, principalmente del Salto, por el cual se podian abrir comunicaciones con el Brasil, al mismo tiempo que se formaba en él un núcleo de ejército destinado á reemplazar el que habia sido destruido.

Yo embarqué en mi flotilla doscientos voluntarios y me dirigí hácia el fuerte Martin García.

Le encontramos abandonado y le ocupamos.

Tambien se hallaba abandonada la ciudad de Colonia, pero al llegar á ella se encontró nuestra flotilla con la escuadra anglo-francesa.

La legion italiana desembarcó, y combatió y recha-